

A C T I T U D E S

CASAMIENTO Y MORTAJA

Por SALVADOR MARIA DE AYERBE

I

El señor Tidoró el montañés

ATRAYÉNDOLE cariñosamente hacia sí, con su diestra sobre las espaldas del huésped, sentábalo el dueño de la casa en la denegrida «cadera»¹ que una mullida piel de oveja cubría.

En el hogar centenario brillaba un fuego confortador. Y mientras que entrambos aproximaban las manos gélidas hacia la llama, una mujer canosa, tocada de negro, afanábase entre los pucheros que humeaban, grasientos, bajo las «coberteras» trepidantes.

Cabe el pétreo morillo, frontero al ocupado por la «guisadera», dormía un gato agazapado sobre la tibia plancha del fogón mientras que hacía lo propio, bajo los llares, un galgo esmirriado con los ojillos garzos entreabiertos.

Oíase el rumor del viento que silbaba afuera. Y la columna de humo blanquecino, recta en su iniciación hogareña, revolvíase arriba, en la chimenea, entre cumulosas nubes grisáceas, semejantes a los estivales augurios de aparatosa tormenta cruel.

—Güen díca pa campar por la sierra... Ni eslegido de propio, señor Tidoró, l'habríaalcontrau² más al consonante!—aventuró risueño el amo de la casa—. Es por demás. En rematar de vendemar, malas que entramos en el sementeró, se jopan³ de seguida los días güenos!

1. Cadiera: Banco junto al hogar.
2. Alcontrau: Encontrado

3. Jopan: Marchan.

--Pus suerte de que s'arrasó antiayer de mañanas que sinó... cualisquiera s'atrive a bajar, lluyendo, este pie de sierra. Entre q'el baje ⁴ te s'esliza por aquí, y si t'esmontas t'eslizas tú manque t'esbarres... Pus miá si t'agarras en alguna aliaga pa no caer bel chaquetazo!—siguió humorista, el forastero.

—Y la siña Damiana ¿planta fuerte?... Y los jovenes ¿se llevarán a bien?... Porque seguntes se corrió por aquí, la joven d'ustedes paice que les trujo un güen arrimo ⁵.

—Esta mesacha ⁶ siempre tan chocante—dijo el huésped interrumpiendo donosamente a la dueña que opinaba, curiosa, entre los pucheros—. Masiau que s'engrandecen las cosas con las dijendas... Ya será algo menos de lo que se corrió!

—Pus usté, señor Tidor, bien paice que deja ampraus güena cosa dineros cuando l'en piden... Conque d'algún puesto los sacaré!

Una furtiva—pero harto elocuente—mirada de su consorte sobre lo impropcedente del rumbo del diálogo, sellando los labios de la indiscreta, dió lugar a un corto silencio que, subrayado por el rumor del viento lejano, aprovechaba el montañés para terciar misérrimo:

—Güena suerte de la miaja de recríó y de los ganaus!... Trigo tasamente pa el gasto; vino no le prebamos sin escular la bolsa; olivas no cogemos... Conque si no t'albitreas una miajeta con los reutos ⁷ pa dir trampiendo... Esferencia de los patrimonios del Somontano! Más vale una carretada de garba ⁸ de estas dembas tan majas que todo el forraje que en nuestro monte se siega dende mayo hasta el día!

—Ni tanto ni tan poco, señor Tidor—opuso la vieja—. Que tamién aquí bajo trebajamos la tierra, con la jada en la mano, dende punto de día al escurecido... No piense que nos estamos mucho tiempo asentaus!

Y como en desvirtuación del aserto, conformado a su situación momentánea, púsose aquélla a freir sendos ajos en la sartén que una mano sostenía, mientras destapaba la otra un puchero hirviente, cercano, donde cocíase la verdura. Porque presentíase el tibio vaho de acelgas a que los ajos de la sartén, negruzca, servirían de aditamento.

Atardecía, según lo denunciaban las sombras que, paulatinamente, ganaban el estrecho recinto; y por el cuadrado minúsculo de la ventana hogareña, que una reja en cruz cartelaba, adentrábase el zafiro nocturno a través del acuoso vidrio, empañado.

4. Baje: *Caballería*.

5. Arrimo: *Dote*.

6. Mesacha: *Muchacha*.

7. Reutos: *Réditos*.

8. Garba: *Miés*.

Una joven rubia, descolorida, entraba en la cocina con la cabeza semidescubierta por sedero pañuelo blanco, y una cesta llena de hortalizas que de las entrelazadas manos pendía. Dejola sobre la mesa inmediata, desanudose aquel con presteza, y sonriendo al recién llegado bien ajena a los propósitos de éste, lo saludó alborozada. Pero antes de que la conversación se alargase, requerida por su madre con insistencia, marcharon ambas a la recocina inmediata donde, más peculiares menesteres, les aguardaban.

Quedaron solos los viejos. Y mientras que el montañés envolvía pausadamente uno de los extremos del «cuartelero» en leve hojita de papel de fumar, aproximándole su compadre una brasa encendida para que lo prendiese a su gusto, iniciaba cauteloso:

—Masiau sabe usted, señor Tidoro, que en casa nuestra somos personas como Dios manda... Y, aunque m'esté mal el icirlo, igual los chicos que yo trebajadores ande haiga otros... Pero como quiera que las aguas no acuden dende hace unos años como es menester; los pagos al Gobierno por cada año s'aumentan; los frutos no s'aciertan a venderlos en condiciones... Paice q'himos determinau que si usted podese aguardar hasta las olivas... ¿Ya verá si le cumple, mañana mesmo, cómo están de cargadas las oliveras?

Y como el aludido no respondiera, entretenido en chupar el avieso cigarro que apenas ardía, prosiguió suplicante el deudor:

—Pa ustedes son cuasi nada esos cuatrocientos duros cochinos, y pa nosotros güena honra que nos hacen... Por lo cual q'igual cuenta les tiene recibirlos pa San Martín que pa San Antón!... Conque en estando en güenas manos, y amás con l'aseguranza de la viña de «La Ralla» q'escrituremos juntos va pa cuatro años... ¡Me paice que denguno puede icir q'haigamos faltau a los pautos!⁹

Con lo hasta aquí explicado, fácil será saber al avisado ingenio del lector paciente el estado económico de los dialogadores hogareños; y cómo los mutuos agasajos, y forcejeos de ambos, marchaban a la deriva de sus negocios respectivos.

Casado en segundas nupcias el señor Lorenzo Javierre con una viuda de mediana dote, con la carga de una hija además; desmenuzada aquella y repartida entre las de dos hermanos menores colocados por el señor Lorenzo en otras casas de las inmediaciones del pueblo; mer-

9. Pautos: Pactos.

mando su patrimonio, mediano, por la filoxera y la negrilla, fué el crédito inevitable apoyo de sus desdichas en extraño consorcio con un futuro problemático.

Porque, además, entraba en los designios del matrimonio, sobre todo en los de la esposa, la colocación de su hija que, casada a su tiempo con el heredero de los Javierre, vendría a ser para aquélla la nuera más ideal que la fantasía concibiera. Pero aparte el obstáculo del incendio amoroso—extraño en quienes como hermanos desde pequeños se trataban—quedaba el no despreciable del segundo hermano de aquél, soltero todavía, y donairoso y alegre más de lo preciso a ciertos paternos designios.

A buscar recursos para obviar aquellas dificultades obedecían las amistosas relaciones entre los de Javierre y el montañés, cuya gaveta generosa iba tal vez a convertirse en brújula señaladora del norte cierto que propugnaban los primeros.

Con todo, no eran ellos los únicos deudores. Otras casas del Somontano también con piedra armera sobre la puerta, y más dilatado patrimonio que la de Javierre, tenían relación financiera con el señor Teodoro Betorz, cuyos famosos préstamos, con toda suerte de pícaras garantías, gozaban pese a ello de resonante fama comarcana.

Apoyábase en ella el presunto banquero para lucrarse con un crecido interés sobre el seis por ciento legal; y aun cuando pareciese cuidarse poco de renovaciones, vencimientos, saldos a su favor u otras insignificancias análogas, raro era el año que no surgía sobre su mulo al presagiarse en «su señorío» síntomas claros de una abundante recolección. Astuto, avisado, sagaz y prudente, arribaba siempre el de Betorz ora con las alforjas exhaustas, ora con la bota semivacia; porque conocedor de la psicología racial de sus víctimas, hallábalas siempre propicias a una compensación, en especies, cuando el numerario exigido vagaba lejos de su maltrecha economía doméstica.

Una excepción había, de la que disfrutaban de antaño el señor Lorenzo y sus familiares: consistía en el menguado obsequio de ciertas peras verdes, de invierno, con las que aquél intentaba saldar la consecuente hospitalidad de los Javierre aun a trueque de la integridad de sus dientes.

Porque, si no tan famosas cual sus congéneres las rosadas manzanas de la ribera de Fiscal, estas peras del montañés únicamente cocidas al horno, o en compota, eran accesibles a las fauces hambrientas: de ahí su nombre de «peras forniadas» con que las designaba el señor Teodoro.

Después de pasar revista a los tres o cuatro clientes de La Puebla del Prior, que así se llamaba el imaginario lugar de la primera parte de nuestro cuento, giraba aquél otras tantas por los circunvecinos del Somontano donde tenía financiera jurisdicción. Y no solamente pernocababa diariamente, al regreso de semejantes expediciones, en casa de los Javierre, sino que Tomás—el hijo segundo de aquéllos—solía además servirle de escudero, o «espolique», según el léxico regional.

Tras de ruidosos preparativos, bien que sin quebrantos del menaje doméstico, quedó la mesa puesta para la cena fuera del hogar: alumbrándola débilmente el velón, humoso, en torno del que albeaba recio mantel, enrojecido a trechos por el reflejo del porrón coruscante.

Chispearon también de alegría las pupilas azules del montañés al columbrarlo; y señalándolo golosamente con su vara, que en la diestra tenía, exclamó adulador:

—Recristina qué vinico más majo... ¡Emposible haiga otro más aparente en el Semontano!... Cudiau q'estampa tiene el condenau...

—¡Echese un trago si le cumple, señor Tidoró!—dijo el de Javierre abalanzándose, rápido, hacia la mesa—. Ya verá qué güen prebo que l'hace... ¡Talmente paice un bálsamo, aunque m'esté mal el icirlo!

Mirólo atentamente al trasluz sobre las inquietas llamas retorcidas. Levantó, arrobado, el porrón hasta por encima del cacherulo. Echó hacia atrás el rostro admirativo. Y entreabriendo el montañés sus gruesos labios mientras que el dorso de la mano izquierda protegía la camisa de cualquier desafuero glotón, la diestra en alto—con la vasija—arrojaba una estilizada catarata desde la pretendida gárgola cristalina.

Así permaneció un buen rato el degustante, hasta que el arrobo de su actitud y un eructo intempestivo produjeron bullicioso desbordamiento—sobre la mano protectora—hasta la pechera de nieve. Más el de Betorz no se disgustó con tal incidente, que tomó en broma, luego de llevarse a la parte inundada, para secarla, un enorme pañuelo de colores vivos.

—Lástima de camisa tan maja...—exclamó la hija del señor Lorenzo, que giraba una visita, prudente, entre los pucheros que, a la lumbre, humeaban—. Y no más faltará que sea d'hoy puesta... ¿Verdá usté, señor Tidoró? Pa que después se lleve las culpas la dueña, aunque la estregue bien estregada...

—Pus ella mesma me fizo mudar ayer de mañana; pa que lo sepas, chiqueta—objetó, disculpándose, el aludido— ¡Miaja ganás tenía! Pero se puso tan carrañosa que por no espacenciarla...

—Hala, hala, moceta... Date güena prisa pa que cenemos luego, que s'hace tarde!—terció el señor Lorenzo impaciente—. ¿Han güelto del monte los mozos?

Y sin que nadie le respondiese, continuó:

—Ese Tomás siempre anda sobrau de tiempo pa todo... Rediezla qué poco punto de mozo... Y las haciendas de por casa pa otri! Dimpués que l'abrevemos los machos u que le rellenemos la pajera. Y el enfeliz de su hermano Lorenzo, harto de trebajar todo el día en el monte, a hacerle su faina al otro tan y mientras que está festejando con la mairalesa ¹⁰ doncella... Recristina qué poca pena de zagal. Con mí de heredero debería d'haber pegau l'endino!... ¹¹. Poco miedo que m'habiese estolocau ¹² denguna moñica ¹³ de cargame lo d'otri a las mías costillas.

—¡Amos tú, déjate de retoliquiar ¹⁴ sin sustancia! Que ya están aquí bien presentes las sopas. Entenaus míos son los dos mozos, y denguna cosa tengo q'icir d'ellos—comentó, cautamente, la cónyuge—. Paice mentira que t'espliques tan desinjustamente, Lorenzo... Masiau sabemos lo que son los juvenes... ¿Ya no te s'alcuerta lo que lifariabas ¹⁵ de mozo?...

—¡Me paice!—asintió, zumbón, el montañés.

—Bien puede ser que lifariase, pero denguno m'aduyaba en las mías fainas. ¡Güen padre era el nuestro pa los galdranes!... ¹⁶.

—¡Ay, María Purísima! ¿Aún están sentaus en la tizonera? ¿Pus q'hacen que se les va a poner la cena como el hielo de fría?—dijo la hija de los Javierre apareciendo con el segundo plato, las famosas acelgas antes citadas—. Si asperan a Tomás, ya será a punto de día cuando cenemos... ¡Poco miedo que suba sin haber luciau ¹⁷ bien la reja!... Lo cual que las espunta día par d'otro... ¡Bien malas trazas paice que tiene pa labrador!

—Pus pa cortejar bien paice que son güenas... ¡A fes que si no habiese una ferrereta ¹⁸ tan bien paicida, poco se l'importaría d'aladros ¹⁹ ni rejas al nuestro mozo!...—aseguró, con ironía, el señor Lorenzo.

—¡Rediezla y q'halbelidá tiene usté pa devino!... ²⁰—bromeó el montañés—. Poco miedo que denguno s'atriva a engañalo.

—Masiau que sí, señor Tidoro—confirmóle su cónyuge admirativa.

10. Mairalesa: Camarera de la Virgen (en Aragón)

11. Endino: Indigno.

12. Estolocau: Dislocado.

13. Moñica: Muñeca.

14. Retoliquiar: Sofisterías o razones que no son del caso.

15. Lifariabas: De lifara, merendola.

16. Galdranes: Holgazanes.

17. Luciau: Aguzar la reja del arado.

18. Ferrereta: Herrerita.

19. Aladros: Arados.

20. Devino: Adivino.

Y destapando férrea cacerola, cubierta de rescoldo, donde «entre dos fuegos»²¹ adivinábase un guisado, negruzco, terminó inapelable:

—¡Amos, amos, a cenar, que ya es hora! Que a usté, señor Tidor, ya se l'habrá hecho gana con l'andadura del burro... ¡Me paice que seis horas de caminar por las gleras, a denguno le sirven de gusto!... Yo mesma, sin trajinar tanto, siento en el arca del cuerpo una flojedá...

Obedeciéronla sumisamente todos. Hízoles plato copiosamente la dueña. Y mientras que el porrón iba de uno a otro comensal prestamente y sorbíanse con estrépito las sopas de ajo, alegrábase el rostro de aquélla ante el éxito del potaje casero, comparable al de la Jacinta del Licenciado Sedillo—en «Gil Blas»—, «que se podía presentar a un corregidor en Madrid».

II

Cuentas galanas

Con las medias de lana y las calzas puestas, el chaleco desabrochado, revuelto el cabello sobre la frente, y medio «cuartelero» en la boca, concluía de vestirse el señor Teodoro para emprender de nuevo la caminata de regreso a su pueblo.

Oscilante y rojiza la llama del candil, pendiente de la cabecera del lecho, apenas bastaba a disipar las tinieblas que invadían el estrecho recinto, enjabelgado totalmente, excepto la techumbre, muy baja, cuyas vigas añiles se acusaban ardidas. Sobre la luz, una brillante estampa, en vivos colores, de la Santísima Virgen del Carmelo, tras de la que sobresalía—semiesquelético—un bendito ramo de olivo, decía de añejas devociones domésticas, vivas aún, bajo el cielo risueño del Somontano. Y en un rincón, sobre alto pie de «cagico» macizo, un pequeño lebrillo, con estrellas azules, vanamente evocaba la primera ablución.

El montañés, luego de ceñirse la faja, fuése hacia la puerta; miró en vano por la cerradura sin llave; apagó, sin embargo, el candil de un soplo, abrió a tuntas la ventana cuyo vano mostraba los luceros nocturnos; y deslizándose, cauteloso, sacó una bolsa de entre los colchones del lecho, no sin antes oprimirla con fuerza para evitarse una delación.

21. «Entre dos fuegos»: *Brasas debajo y encima.*

En seguida, la voz del señor Lorenzo, se oía del otro lado de la puerta, cerrada, que golpeaba con estrépito:

—¡«Deo gratias»... señor Tidoró! Mueva a escape si le cumple; que d'aquí a luego será de día pa rancar.

Desperezóse, fingidamente, el aludido con eructos y carraspeos ruidosos. Escupió entre viscosos silbidos. Tosió como pudo. E introduciendo entre el ceñidor rápidamente el codiciado envoltorio, comentó para sí:

—Güena suerte que no han cinglau ²² estos!... Que si no, en demás de no pagame el reuto d'este año, podría ser que l'habiesen hecho gozo al amo estos dineros... ¡Y entonces sí q'habríamos hecho güen viaje!...

Atóse luego las trencillas larguísimas de sus alpargatas «miñoneras» en torno del tobillo y por entre las «betas» que protegían el empeine del pie. Púsose el cacherulo, de seda violeta, ladeado levemente a la izquierda. Encendió nuevamente el candil. Y echada al hombro la chaqueta de pana, cual en sus buenos tiempos de mozo, preparóse a salir.

Todavía con la mano en la llave de la puerta del cuarto, y como dando suelta al íntimo pensamiento que le acuciaba, murmuró entre dientes:

—Recristina; tres hombres como tres trallos ²³ y con tan poca hacienda que cautivar!... No me s'esplica que marchen tan atropellaus pa los pagos. Si no es que las mujeres no valen pa cosa... La doncella paice una miaja tresojada ²⁴. Pero la agüela paice güena trebajadera, y dispuesta... Amos... ¡que no me s'esplica este misterio!

Y, efectivamente, como reflejo exacto de esas conjeturas ya tenía el almuerzo dispuesto cuando nuestro huésped salió al hogar.

Almorzó frugalmente unas sopas de ajo y un plato de abadejo con su correspondiente fritada. Trasegó del porrón al estómago sendos tragos de tinto. Reavivó al fuego del candil el medio «cuartelero» maltrecho. Y apremiado por lo dilatado del viaje y por los rebuznos impacientes del mulo, que en el patio aguardaba, el señor Teodoro despidióse de todos.

—Afuera s'alcontrará con Tomás que l'acompañe en el viaje.

Mas como el de Betorz rechazase, agobiado, la postrer cortesía de su cliente, protestó, como ofendida, su cónyuge:

—Sisquiera q'allegue hasta la costereta de la huega ²⁶ del monte.

22. Cinglau: *Tintineado*.

23. Trallos: *Rollos de madera de gran tamaño*.

24. Cautivar: *Cultivar*.

25. Tresojada: *Ojerosa*.

26. Huega: *Muga*.

¿Sientes tú, Tomás? Cuando menos hasta la nuestra viña de «La Ralla»... Dimpués te güelves; que ya sabes q'himos de ver de rematar de sembrar.

Clareaba el día cuando los expedicionarios salían del pueblo. Un suave céfiro, madrugador, acariciaba finamente las frentes de ambos porque el resto de sus personas se ocultaban tras de las grandes mantas con que cubríanse. Todo era paz en la llanada ubérrima donde el misterio de la noche estrellada, envuelto en los cendales de una niebla tenuísima, iba a cesar como obligado tributo de vasallaje ante el nuevo día que se iniciaba.

Una barrera de montañas azules cerraba el horizonte, formando un leve descenso al septentrión—especie de media luna—que se fundía con la misma sierra de La Puebla, por donde columbrábase altiva, la escarpada cima del Turbón coronada de nieve. Y a los pies de la muralla ingente, verde grisácea de bojes y gleras, varios pueblecillos, alguno hasta con su cristiana acrópolis en miniatura, rodeaban los campanarios altivos, elevados al cielo como plegarias. Después, olivares frondosos y viñas exhaustas lo cubrían todo.

—¡A saber qué malo que me paice hacerte espedregar, sin nesecidá ni sustancia, estos caminos habiendo faina en casa güestra!... ¿no te paice, Tomás?... Si no por lo que porfiaba tu madre, luego me avengo con su sentir.

—Por mí no s'espante, señor Tidoro, que masiau que lo tengo acostumbrao. ¡A cualisquiera hora campamos más!

—Pero como que anoche estuveis de ronda... Lo cual q'entre sueños me paició que cantaban. Y güen chorro de voz que sacaba l'endino del cantador... ¿Le cantéis también a la ferrereta?

Y prosiguió luego, bajando de tono:

—Güeno. En qué quedamos: ¿ferrereta u mairalesa, Tomás?

—Las dos cosas—sonrió el mozo un tanto azorado—. Ferrereta todos los días y mairalesa los domingos y días de fiesta d'entre semana.

—Y a mí que me paice q'en casa vuestra no son gustosos con el güestro apaño. Lo menos tu padre tiene bien otros pensamientos—confesó, misteriosamente, el jinete—. ¡Yo en tu puesto, chiqued, miraría de salir a puerto con otra de más posibles q'esa mesacha!

Relampaguearon tan vivamente los negros ojos del mozo y morrióse con tal ira el rojo labio inferior, que, al oír tan indiscreto argumento, parecióle que estallaba su corazón, incontenido, en violenta y dolorosa crisis de angustia. Fustigó el mulo por toda respuesta, pese a lo fragoso del terreno en pendiente. Y sin cuidarse de la espantada que

lo inesperado del golpe causaba en aquél, ni de las angustiosas voces del inquieto viajero; alargando su vara para indicar cierta viña lejana, que el sol doraba con su primer fulgor, dijo el enamorado:

—¡Arrepare, si quiere, en aquel tozaled ²⁷ que verdea a la izquierda!... Ande que se siente cantar una banda de perdices. Hasta allí mismo llega el monte de la Puebla del Prior. Aquella es la nuestra «Ralla»; dende allí p'abajo emprenkipia la huega de Moriello.

—Pus no paice mal terreno pa viña: lo cual que ya lo himos visto con el güen prebo del porrón güestro—ponderó el montañés—. ¡Ridiezla qué vinico más superior!... A mi corto entender, puede presentarse ande haiga otro.

—¡Y eso que paice una miaja abocau! ²⁸—opuso el espolique—. Como resultó un verano tan seco... El desti año, ya será otra cosa si Dios quiere.

III

Proyectos maternas

Sentadas madre e hija en sendas sillas bajas de anea, junto a la ventana que daba al corral, no descansaban en su afanosa labor de costuras que totalmente las abstraía del mundo externo. A sus pies, y desbordantes del canastillo que escasamente las contenía, varios metros de tela blanca, lisa, moteada y rayada en colores, mezclábanse confusamente con otros enseres de costura, algunos dispersos por el suelo.

La jocundidad arbitraria de los curiosos rayos solares que se adentraban, invasores, hiriendo de frente la luna de un mediocre espejo rectangular, flanqueado de ramos de talco, dispersaba en el aire de la estancia el polvillo etéreo de sus luminosos corpúsculos.

Con ellos venía la beatitud del pintoresco valle y sus efluvios aromáticos del romero, la aliaga y el tomillo en flor, mensajeros de esa paz campestre por Virgilio cantada en los primores líricos de sus celebradas Geórgicas.

Ninguna de esas poéticas sensaciones, de las que están inmunizados quienes a diario las viven, venían a distraer la atención de aquéllas

27. Tozaled: *Loma*.

28. Abocau: *Vino seco dulzón*.

como no fueran los vocingleros alertas de todos los gallos circunvecinos que, obedientes a sus primitivos instintos, precedían al párroco de La Puebla del Prior en los áncuncios del mediodía.

La señora Engracia lanzó un suspiro profundo, seguido de un «¡Ay Jesús mío!» conmovedor; y dirigiéndose a la hija que afanosa seguía cosiendo unos botones a cierta rígida prenda, próxima a terminarse, la increpaba afectiva:

—¡A fes q'estás bien tranquileta, María!... ¿No te s'hace concencia de date una güelta por la cocina?... Ya sabes que tu tío ²⁹ tasamente han tocau las Ay Marías, ya quiere la comida n'el monte... ¡Y como dende aquí al Sasiello hay un güen piazo de camino!...

—Ya me se da a yo bien del camino de cara t'abajo—replicó irónicamente la doncella—. ¡Si estase n'el cobalto ³⁰ del monte como La Ralla, aún sería caso de marchar de siguida!... Però aquí mesmo a un cuarto d'hora. ¡Aspere sisquiera un Jesús pa la aseguanza d'este chavico!

—¡A la cocina, de siguida, te digo! No ves, chiqueta, q'has d'echar la miaja de rancio en las judías y son ya la media pa las once—apremióla su madre con impaciencia—. ¿Te paice q'estoy poco quihacerada ³¹ con estos percales?

—Masiau que me doy en cuenta—asintió la hija levantándose—. Este mío cuasi no paice de compra de duro q'es... Me paice que pa días tiene camisas el nuestro mozo... ¡Ya tendrá menos q'apiazar que nusotras l'heredera de casa Villobas!... No se l'espiazarán ³² por mucho que las lave.

—¡Quimis'yo que te diga, Marieta!—saltó la señora Engracia con suspicacia—. Tan seguro me paice q'está ese apaño pa nusotros, como la tenca pa la caña sin cosa... ¡Ahora te salta Tomás con que no l' hace gozo Moriello!... Antes, que le paicia mediano aquel patrimonio... Dimpués, si nos escudiamos, te saldrá con otra mosica! ³³. Y tu tío que no s'atrive a aforzalo a esa boda!...

—¿Pus qué sería si l'habiese d'adotar, sisquiera, a poder y haber de la casa?—preguntó la joven con amplia elocuencia—. De modo y manera que pusiendo nusotras güena cosa de dineros, del mío dote, aun no les paice hora de determinase al nuestro mozo y el mío tío... ¿Pus qué quedarán más liso y llano?

29. Tío: *Sinónimo de padrastro.*

30. Cobalto: *Cabo alto.*

31. Quiacerada: *Ocupada.*

32. Espiazar: *Romperse.*

33. Mosica: *Música.*

— Ascucha si quiés... !Y no te sofoques por demás, chiqueta! — opuso la madre, bajando de tono al replicarla—. Sabrás que Tomás ya tiene señalau su dote en los capítulos q'atorgó tu tío con la siña Casilda q'en Gloria esté: cien duros n'el día y los otros cien a voluntá de su padre. El caso es el dale los cien del dote... que los demás le cairán cuando sía pa nusotros de más conmenencia. Antiparte ³⁴ que la tuya dote Marieta ¡pa cosa es de nescidá manifestala con empeños! L'único q'aprecisa, por lo presente, es pagale al señor Tidoro, el montañés, sus alcances. Y agradecele amás, con un botico d'aquel clarete trasañau ³⁵, su cansacio, dimpués del ajuste de Tomás con la heredera de casa Villobas.

— ¡Ay Virgen Santisma del Pueyo: un'arroba d'aceite pa la lampara si capitulan antes de siega! — prometió suspirante la joven.

— ¡Me paice! — aprobó, jubilosamente, la señora Engracia.

Y añadió luego con afecto materno, mezclado a un gozo irreprimible: — Dimpués sus apañaremos a tú y a Lorenzo en un vas y vienes... ¡Cuantismos años que lo suspiro!...

Mas como la joven, haciendo ademán de alzarse de la costura para dirigirse al hogar, no participase tan claramente del materno júbilo desbordante, disimuló aquélla con prudencia alzados los ojos por la ventana sobre el valle apacible:

— ¡Arrepara qué placentera se ve n'el cobajo ³⁶ el Sasiello la nuestra junta labrando!... Cuasi destingo a los nuestros hombres.

Y recogiendo sus útiles de costura acodóse rápidamente sobre aquélla, mientras que María se alejaba.

De cara al poniente largo rato permaneció silenciosa, absorta, contemplando la señora Engracia un suave altonazo, coronado de viejas carrascas agrisadas y cagigos frondosos, entre algunas estrechas fajas de cultivo pobladas de olivos que vegetaban cabe los muros de modesta ermita alzada en la cima.

Dedicada a san Gregorio Nacianceno, por la piedad amorosa y la viva fe de los comarcanos, reinaba sobre abrupto torrente a cuya orilla opuesta, sobre el llano, asomábanse las maltrechas casas de Moriello. Más a la derecha otra ermita, de Santa Quiteria, destacaba sus encaladas paredes sobre altura inferior, más como aquélla revestida de melancólicas frondas centenarias. Luego explayábase, tortuosa, la sierra de San Urbez revestida pobremente de mata baja, excepto en algunas

34. Antiparte: *Además.*

35. Trasañau: *De vieja solera.*

36. Cobajo: *Cabo bajo.*

calvas cenicientas producidas por «sucarradas» periódicas, o incendios de hierbas secas ocasionados por los pastores, a pretexto de suscitar pastos nuevos.

Un risueño cielo azul—casi más de cobalto que de turquesa—cobijaba aquel poético rincón del Somontano donde triunfaba un tibio sol, caricioso, plácido sucedáneo de fecundantes lluvias primaverales a cuya influencia el campo respondía. Y si a los labios del creyente, rústico, acudía una plegaria de gratitud al Soberano Autor de la Creación, otra además de poesía suscitaban, al alma artista, aquellas estrofas de Virgilio que al lugar se adecuaban:

*Ni yerbas, ni serpientes venenosas,
antes sin diferencia ha producido
en todas partes yerbas provechosas*

Por los caminos de los campos próximos, a las orillas de las viñas y de los olivares, o entre el forraje silvestre que tapizaba las altas márgenes y ribazos, destacábanse apretados grupos de lirios blancos y morados cabeceando, tímidos, al suave impulso de la tramontana. Algún muchacho, recién salido de la escuela, correteando por aquéllos con su cantarico a hombros; o alguna doncella sudorosa, bajo el pañuelo que la cubría, pasaban indiferentes hacia la fuente o la heredad...

Únicamente el eco de las voces de su hija que anunciaban su partida al Sasiello con la cesta de la comida paterna, despertaron a la señora Engracia de su abstracción continuada:

—¡Ya pués ir bien ligera si quiés llegar antes de las Ay Marías!... —dijo la vieja por respuesta.

Y añadió a modo de consejo:

—Mejor te valdría hacer un brazau de hierba pa los conejos... ¡Un viaje m'escusarías t'al güerto!

Luego, la señora Engracia volvió a su costura con nuevos bríos después de la tregua.

(Concluirá).